

en el suelo parece que está echado ó herido. Esto engaña á los que no le conocen, que tienden la mano para cogerle; pero él emprende entonces el vuelo, y así lleva hasta grandes distancias á sus perseguidores.

Yo no sé bajo qué nombre esté clasificado en la zoología: le consigno con el nombre que se le da en mi país, nombre indudablemente de origen árabe.

El *saboc* es un pájaro inverosímil: yo le admiro y deseo saber cómo viene á España; misterios de la Naturaleza, que están vedados á la curiosidad del hombre.

Pero ¡ay! todas estas aves huyen pronto despavoridas de los poéticos campos de Valencia, en donde no hallan otra hospitalidad que una persecución incansable y una muerte segura.

Pero volvamos á la Albufera.

VIII

Los cazadores que se dirigen desde Madrid, ó cualquier otro punto de la línea férrea, á la Albufera, suelen detenerse en la estación de Catarroja, distante del lago, aproximadamente, un cuarto de hora.

Allí se embarcan, y si el viento es de tierra les basta una hora para cruzar la legua de ancho que tiene la laguna hasta llegar al Saler, punto de partida de los cazadores.

Los que viven en Valencia se dirigen los viernes por la tarde á la Albufera: los unos á pie, los otros á caballo y los más en carruaje; porque la afición á la caza está tan extendida, que en ella se encuentra toda la escala social, desde las primeras dignidades del Estado, hasta el honrado menestral que trabaja toda la semana con afán, pensando en el próximo día festivo, que con la escopeta al hombro y seguido de su leal perro se irá á respirar el aire puro de los campos y á satisfacer el más grande de sus placeres: cazar.

A orillas del lago de la Albufera, y junto á un embarcadero de construcción primitiva, se alza un modesto pueblo, el Saler, formado por un grupo de barracas y alguna que otra alquería.

Generalmente los cazadores, en la noche del viernes, después de cenar, procuran entretener el tiempo charlando de sobremesa, ó en otras ocupaciones menos primitivas, pues el que se acuesta no puede descansar mucho, atendido á que el sábado á las dos de la madrugada la voz de la campana convoca á la alquería de don Manuel Cubells á todos los cazadores, para dis-

tribuirles las papeletas indicadoras del sitio donde deben cazar aquel día.

Los guardas de la Albufera son los encargados de hacer respetar las leyes establecidas para las tiradas, y de que cada uno ocupe el sitio que le corresponde.

Sin estas formalidades, religiosamente respetadas por todos, sería casi imposible cazar en la Albufera; pues, atendida la caliente sangre de los valencianos, más de una vez tendrían lugar en el pacífico lago batallas navales de funestos resultados.

IX

Así, pues, el eco melodioso de la campana reúne en la alquería á todos los cazadores, altos y bajos, ricos y pobres.

Al tercer toque comienza la ceremonia.

En el piso bajo de la alquería del señor Cubells se halla una mesa, un gran sillón, recado de escribir y un velón de bronce de cuatro mecheros. En el sillón se sienta el arrendatario, á la derecha el jefe de los guardas, que es generalmente el hombre más entendido en las leyes y reglas de las cacerías de la Albufera; al otro extremo el secretario, con la pluma en la mano y un gran pliego de papel delante, donde, según riguroso turno, va consignando el acto, que en el dialecto valenciano se llama *la demaná*.

El jefe de los guardas, que es el que lleva la voz en este respetable tribunal, apenas se extingue la vibración de la tercer campanada, dice con grave entonación:

—¡Silencio, señores, que se va á pasar lista!

A este aviso sigue un gran murmullo, é inmediatamente un profundo silencio.

El guarda nombra uno por uno todos los socios, que contestan: «Presente;» y si alguno falta, se le envía un recado suponiendo que se ha dormido; pero eso sucede pocas veces, pues ya hemos dicho que generalmente nadie se acuesta, ó tiene buen cuidado de que se le despierte á tiempo, para no faltar.

El jefe de los guardas es siempre el barquero del número uno, ó sea del arrendatario, y es el primero que pide ó elige el puesto donde ha de cazar su amo; así es que, restablecido el silencio, vuelve á decir:

—El puesto primero va á *la Mateta del Escalfador* (ó á otro de los infinitos puntos que tienen su denominación particular en el lago de la Albufera).



Una caza poética

Elegido el cazadero, el secretario lo consigna en su gran pliego de papel, y el guarda repite entonces:

—El número dos.

El barquero á quien corresponde este número contesta indicando el puesto que desea.

Y así sucesivamente eligen los veintiséis ó treinta socios de que generalmente se componen las acciones de la Albufera, escogiendo por riguroso orden el puesto donde han de cazar en aquella tirada, conservando desde tiempo inmemorial un gran respeto mutuo, que

nadie se atreve á quebrantar colocándose en un puesto que no es el suyo.

X

Cada socio tiene un barquero de su confianza, á cuya inteligencia y celo se debe el buen resultado de las tiradas. Este barquero no hace otra cosa durante toda la semana que pasear el lago, inspeccionando los puntos donde en aquellos días tienen más *querencia* las aves.

El viernes, cuando su amo llega, la primera pregunta que le dirige es ésta:

—¿Cómo estamos de *tirada*?

El barquero, si su amo no está solo, dirige una mirada recelosa á los que le acompañan, se frota con calma varias veces la mejilla con la palma de la mano derecha, y dice, haciendo un movimiento peculiar de hombros:

—¡Pschts! Así así.

El barquero de la Albufera es rudo, desconfiado, pero leal; todo su amor propio estriba en que su amo mate muchos patos; y conduciéndole aparte, adonde nadie les oiga, le dice con una expresión que sólo puede explicarse en el vehemente dialecto valenciano:

—Señor, si nos dejan el puesto que yo sé, *tenim un pardalam, que demá la esgarrem* (1).

El barquero no se fia ni aun de su amo, porque teme que en un rasgo de confianza revele á otro cazador el sitio donde él ha descubierto que tiene aquella semana *querencia* la caza; de modo que le nombra en el momento de la *demaná*; y si logra el puesto que desea, en sus toscas facciones se ve brillar la satisfacción, la alegría, y dice por lo bajo:

—Nos divertiremos.

Pero si otro se le quita, frunce el entrecejo y murmura una interjección que no puede consignarse en letras de molde, y que, dándole una traducción decente, viene á decir:

—¡Nos hemos fastidiado!

Un barquero inteligente y aficionado no tiene precio: él es quien verdaderamente hace la cacería.

Cuando llega la hora del sorteo, cuando el jefe de los guardas comienza lo que se llama *la demaná*, el barquero pide el punto que mejor le parece; pues, aun-

(1) Si vamos donde yo sé, tendremos tantos pájaros, que se rasgará la escopeta de hacer fuego.

que hombre rústico, tiene vanidad de que *su escopeta* mate mucha caza durante la tirada.

XI

Terminada la elección de los socios, entra lo que se llama *la suerte*.

Para esta operación, todo aquél que quiere cazar dentro del lago deposita un duro y recibe un número. Después meten, en un saco, igual número de bolas que duros han dejado sobre la mesa; y sacándolas el guarda mayor, se repite el sorteo, y elige cada cual el punto donde quiere tirar.

Ya se comprenderá que, después de haber escogido puesto veintiséis ó treinta accionistas, lo que queda para esta segunda tanda de cazadores no es lo mejor; pero el lago es inmenso y hay sitio para todos: con la única diferencia de que algunas escopetas matan cien piezas, mientras que otras vuelven á su casa sin descargarse, á despecho de sus amos.

XII

El lago tiene en la actualidad siete leguas de circunferencia; en el año 1830 tenía nueve, pero los labradores, extendiendo sus arrozales, han ido cercenando el terreno á los cazadores.

Luego entran en turno los más pobres, la gente del campo, esos cazadores de rostro bronceado que aun gastan espingarda y zaragüelles, de origen árabe: esos ribereños que, envueltos en su manta y colocados en cuclillas detras de una mata de las orillas del lago, cargan su arma con un puñado de pólvora y doce ó catorce perdigones, y derriban un pato desde una altura fabulosa.

Terminada esta ceremonia, los cazadores se vuelven á sus barracas, y se disponen á emprender el viaje matutino, porque algunos puestos están á más de dos horas de distancia del embarcadero y es preciso ocultarse en ellos antes de que nazca el primer albor del día.

XIII

Los *puestos de mata* cuestan doce reales, y se venden sin sortear; se necesita una grande inteligencia para el-